

PROVIDENCIA DE DIOS EN EL RÉGIMEN Y GOBIERNO DEL UNIVERSO.

(CONCLUSION) (1)

El siglo XVIII fué en Francia un siglo impío; siglo por lo tanto de inmoralidad espantosa; y Dios permitió que se soltaran los vientos de la revolucion para castigo de muchos y enseñanza de otros.

Y permitió y providenció la aparicion del gran genio, del gran político y militar, del gran Napoleon, que grande fué en efecto en medio de sus ambiciones, de sus falsías y de sus errores.

Y Napoleon fué látigo, que vengó à Dios de algunos de los ultrajes que le lanzaron los hombres; y algunos millones de franceses, cuyos huesos blanquearon los pueblos y los valles de la Europa, fueron y serán testimonio constante de ello.

Después, el grande hombre, sin saber por qué, sin poderse adivinar la razon que le moviera à ello, sin que él mismo se pudiera dar buena cuenta de lo que hacia, una vez vencido en Waterloo, se entregò, se puso en manos de sus más terribles enemigos, en manos de los ingleses, que le llevaron à Santa Elena, donde al poco tiempo sucumbiera aquel leon, à quien encerraron en el desierto del agua, como contraposicion à su predominio por tierra, y asi quedó tambien castigado el gran castigador de muchos.

Y notemos: à la raiz de aquella revolucion sanguinaria, de entre las olas de aquel piélago cenagoso y violento, surgió y sobrenadó una esperanza, más que una esperanza para la nacion

(1) Véanse los tres números anteriores.

de San Luis. Dios velaba siempre y permitió, hizo que apareciese otro genio, el que podemos llamar Napoleon de la literatura moderna; el ilustre Vizconde de Chateaubriand.

Hablen su Genio del Cristianismo, sus Mártires; hablen de la contrarrevolucion que suscitaron; de la reaccion que proporcionaron á Francia, que, entre sus gemidos, hizo brotar un entusiasmo aplauso ante el cantor de las glorias de la Cruz.

En cuanto á la época que atravesamos, bien poco dirémos. A la vista se halla; mirad tronos que, casi sin tocarlos, se desploman; naciones que desaparecen del mapa; otro Napoleon que algunos han llamado el Augústulo de los Napoleones, y á quien no vacilarémos en considerar como un hombre de gran valía; ese Napoleon, dueño ayer del mundo, digámoslo así; ese Napoleon, el de las grandes victorias, y el de la diplomacia y la habilidad y la astucia, cae prisionero con sus ejércitos, y sin batirse, y á Dios en un momento glorias y poder, y riqueza, y á Dios hasta..... el honor, en cierto modo.

Y aquí nos detenemos; no decimos más sobre esto, ni sobre muchos acontecimientos que todos hemos presenciado y presenciados, en que dicen en alta voz las gentes de todas clases y pueblos. «¡La mano de Dios, la mano de Dios....!»

Queremos concluir; pero antes vamos á hacer algunas breves observaciones acerca de hechos que son llamados pequeños por los hombres, y que por considerarlos pequeños, se cree tal vez, que sean ajenos á la providencia del Señor.

Hemos fijado nuestra atencion en algunos hechos históricos que son verdaderamente notables, y en que hemos reconocido la providencia Divina. ¿Y de los acontecimientos de escasa valía y poca trascendencia, al parecer, de los acontecimientos más comunes en la vida privada de los pueblos y de los hombres, qué dirémos. ?

No negarémos que hay sucesos que son bastante notables, que á su lado son ménos que granos de arena, en apariéncia, muchísimos otros actos de la vida del género humano. Mas, ¿podemos nosotros afirmar acaso, qué es lo que será grande ó pequeño á los ojos de Dios? La medida de que nosotros nos valémos, será la medida de que se valga Dios. ?

¡Ah! Lo grande, lo pequeño! ¡Nos abismamos en esta consideracion! Prescindamos de lo grande y lo pequeño en el mundo físico, en el que el imperceptible insecto llena su objeto perfectamente al lado del elefante, y trasladémonos al mundo moral.

En el mundo moral es notable la vida del penitente, que años enteros sufre en ásperas montañas por amor de Dios; más sin embargo, no es más grande á los ojos del Supremo Juez, que un acto de caridad, que ha pasado desapercibido para los hombres, y que ha redimido á una familia del pecado, y de su desolacion y de su deshonor.

¡Lo grande, lo pequeño! ¿Y el óbolo de la viuda de la escritura Santa? ¿Y el vaso de agua dado por amor de Dios, de que nos habla el Evangelio de Jesus, vaso de agua, que no quedará sin premio.?

¡Lo grande, lo pequeño! ¡Un trono se levanta, un trono cae; una batalla se gana, otras se pierden; una temerosa invasion se verifica; un nuevo pueblo se crea; y esto es considerado grande, y lo es, en cierto modo; pero bajo otro punto de vista, y en absoluto, ved, una familia que cae, y otra que se levanta; una palabra que gana un corazón, otra que pierde muchos corazones; un invasor que nos arrebató nuestra paz, la paz de nuestro espíritu; y esto pasa por pequeño tal vez; y esto, no se sabe apreciar en su valor verdadero por los hombres!

Y desconocemos las consecuencias y las influencias de unos actos con otros, y la causa de nuevas costumbres, de algún nuevo dolor, de algún nuevo entusiasmo, de algún nuevo acto de heroísmo!

¡Y decimos, eso es grande, esto es pequeño! Y algunos añaden (los que creen en la Providencia de cierto modo) añaden, decimos, Dios está en esos *grandes* acontecimientos, en esos otros *pequeños*, no.

¿Se discute bien así? Creemos que no. Los montes más altos, no son altos más que un grano de arena á la vista de Dios. El monte es otro grano de arena, bien poco mas abultado que el que grano de arena llamamos; uno y otro sirven á un fin, y no sirve más ni mejor el monte que la arena, el árbol que la planta, el mar que el arroyuelo.

Todo, todo, pues, está bajo el imperio de Dios providente. Si así no fuera, habríamos de inferir que Dios abandonaba parte del Universo, solo porque nos pareciese á nosotros que debía abandonarla ó no cuidarse de ella. Y esto repugna; esto empequeñece á Dios; esto le merma su poder, su excelsitud, su sabiduría y su amor, que no tienen límites.

Inferirémos pues que la providencia ordena todas, todas las cosas, y que sabe su Sabiduría armonizar la marcha del mundo físico y moral de un modo, que sin faltar á nada, se cumpla en todo la voluntad de Dios.

Terminarémos ahora con algunos ejemplos tomados unos de la historia, y para algun otro acudirémos á que la imaginacion nos preste sus recursos, en corroboracion de esta última parte de nuestro pequeño trabajo.

El Padre Verbiest pasó á la China en calidad de misionero; á aquel país donde tantos otros religiosos han difundido y difunden y cultivan la prodijiosa semilla del Evangelio, con grande provecho de las almas, y con grandes ventajas para la verdadera civilizacion y progreso.

Aquel padre misionero fué allí robusto de piedad y de virtu-

des y de ciencia. El emperador le nombró director de su observatorio astronómico. Además le nombró director de la fundición de artillería; y el misionero, luchando con las dos ideas opuestas y peligrosas de aceptar ó no aceptar, se decidió por la aceptación, á fin de que la negativa no pudiera influir contrariamente en el éxito de la misión.

En poco tiempo puso á disposición del Emperador trescientas piezas de artillería, de lo más acabado, con lo que se captó completamente la voluntad del soberano, quien le prodigó atenciones y deferencias notables, regalándole su propio manto; y la misión tuvo libertad de acción, y las conversiones se sucedieron en gran número, entre ellas las de personas de la misma familia imperial.

¿Fué casual la marcha del padre Verbiest á aquel remoto país? ¡Ah! de ningún modo. Era entonces lo oportuno que fuese allí un hombre de las circunstancias, y del carácter y de los conocimientos de ese enviado de Dios para que pudiera recogerse el fruto que se recogió. No fué la prevision, no fué el cálculo humano el que dispuso la partida de aquel religioso; Dios lo armonizó todo, y se llenó el fin que á la sazón llenarse debía.

Otro religioso, el Padre Anchieta, español por cierto, recorría un paraje del Brasil, que él llamaba su Perú, por los riquísimos frutos que en él brotaban para la propagación de la Fé católica.

Un día, sin saber por qué, y como por inspiración, se interna en un bosque, dejando el camino que llevaba. En ese bosque encuentra un anciano sentado; éste, al verle, anima su fisonomía con la expresión de muy agradables afectos, y exclama: «adelantad el paso; hace tiempo que os estoy esperando.» El padre Anchieta corre hacia él, le encuentra falto de fuerzas, conoce que va á morir; le instruye brevemente en los hermosos misterios de nuestra religión, y recogiendo unas gotas de agua, que encontró esparcidas en las hojas de algunas plantas, le bautiza, y muere el anciano bendiciendo á Jesucristo.

¿Fué casual aquella especie de distracción del padre Anchieta, por la que dejó su camino, entró en el bosque, y llegó á tiempo de enviar al cielo á aquel nuevo creyente? No responde la fé; responde la misma razón natural.

Veamos por otra parte. Una familia desfallece de hambre: una jóven trabaja para socorrer á sus desalentados padres; un niño pequeñito grita en la cuna pidiendo pan; este grito ha llegado á los oídos de un transeunte, este transeunte penetra en aquel triste hogar, y es el amparo de aquella familia, y llega á ser el esposo de aquella jóven laboriosa; y luce la alegría en aquella morada del dolor, en aquella familia que cree en Dios, y que en sus amarguras tenía entregado el corazón á tan amoroso, universal padre.

Decid; aun esto mismo ¿no es histórico? ¿No suceden á nuestra vista hechos de esta naturaleza ó análogos.

¡Y son hechos estos de escasa importancia al parecer! ¡Y pasan casi desapercibidos.....!

Pues bien; el grito de aquel niño ¿no fué providencial? ¿Y lo será solo ese grito de dolor?

¡Ah! inclinemos nuestra frente ante la inmensidad de nuestro Padre que está sobre las nubes y en medio de los cielos, abarcándolo todo, sin violencia, sin esfuerzo, sin cansancio, sin pena; con amor, con ciencia inagotable, con poder que le es suave é inacabable.

Inclinemos nuestra frente, y digamos: los cielos y la tierra están llenos de la majestad de su gloria.

Inclinemos nuestra frente con humildad; pero con suma alegría, porque no tenemos un Dios ciego y desatentado, que ese no sería Dios; tenemos un Dios sabio, omnipotente y justo y amoroso.

Confiemos en Dios: todo lo vé su incansable vista, todo lo sabe apreciar en lo que vale, todo lo dirige á sus excelsos fines; nada puede apartarse de su influencia, ni de su gobierno ni de sus mandatos.

Y si se nos dijera, que de esta creencia al fatalismo no hay más que un paso, ménos que un paso, que es como un fatalismo, contestarémcs resueltamente que no. No somos fatalistas. Sería fatalismo, por ejemplo, si un militar dijese: «yo voy á los peligros sin precaucion alguna; yo me entrego á mi arrojo y como al acaso, y de cualquier modo, porque se ha de cumplir siempre la voluntad de Dios.» Eso no sería prudencia, ni valor, ni sería racional. Eso es el fatalismo condenado por la religion.

¿Qué hacer pues? Lo que se pueda y lo que se deba hacer; lo demás no nos pertenece; pertenece á Dios.

Ahora, una observacion final. Cómo se verifique la armonia de la Providencia de Dios en el régimen y gobierno del Universo, mediante la libertad humana, y aun mediante la libertad en que quedaron, à su modo, todas las causas segundas, ese, ese es el gran misterio que solo Dios puede comprender. Porque no somos Dios, no lo comprendemos; no comprendemos como se verifica; pero vemos que se verifica, y lo creemos, y en creerlo está nuestra felicidad.

CARLOS M. BARBERÁN.

SERENATA.

A. TI.

Envuelta entre nubes flotantes de grana
Se asoma la aurora, despierta la luz;
Las auras suspiran, la flor se engalana,
Las brisas te arrullan, mi hermosa sultana,
Despiértate tú.

Al pie de la reja suspira desecho,
Pulsando tu amante, sonoro laud;
Levanta, levanta, mi hermosa, del lecho,
Y el dulce suspiro que emana en mi pecho
Recójelo tú.

Se alzó la mañana brillante en colores,
De tintas doradas vistiendo el azul;
Te alzaste tú, niña, del lecho de amores,
Y de aves y fuentes, de brisas y flores
La reina eres tú.

Ni el viento que exhala dolientes querellas
Tendiendo invisibles sus alas de tul,
Ni el aura en sus giros jugando con ellas,
Tan leves, tan grandes, tan puras, tan bellas
No son como tú.

¿Qué admiran rizadas del cisne las plumas?
¿Qué el sol con su encaje de rico tisú?
¿Qué son de los mares, las olas y brumas,
Las conchas, las perlas, las blancas espumas...
Si vales más tú?

¿Qué valen, hermosa, de noches serenas
La luna, raudales vistiendo de luz?
Qué valen del cielo las anchas cadenas
De estrellas radiantes, que lucen apenas
Brillando más tú?

Por eso, mi Adelia, celestes clamores
 Palpitan las cuerdas del blando laud;
 Por eso mi aliento, mis sueños mejores,
 Mi dulce esperanza, mis tiernos amores,
 Mi vida eres tú.

JACOBO RUBIRA.

BATALLA DE LOS ALPORCHONES.

Corria el año mil cuatrocientos cincuenta y dos, cuando el intrépido Abidvar Gomel, general de Mohamet-Abenhozmen, rey moro de Granada, salió de esta Ciudad con el objeto de hacer una excursion por el reino de Murcia con unos seiscientos infantes y mil doscientos jinetes, contándose entre ellos á los alcaides de Guadix, Almería, Baza, Vera, Velez-Blanco y Velez-Rubio, Cullar, Huescar, Orce, Purchena, Jiquena, Tirieza y Camiles: y habiendo hecho reunir en Vera las fuerzas de todos estos pueblos, les arengó en estos ó parecidos términos:

«Mis más leales soldados y valerosos alcaides, ya habrá llegado á vuestros oídos el trabajo que me ha costado vencer la resistencia de nuestro rey en concederme el permiso para llevar á cabo esta jornada.

Si después de terminada mi entrevista con el magnánimo Abenhozmen, á quien hice los más merecidos elogios de vuestro acreditado valor, salí lleno de entusiasmo para combatir á nuestros adversarios, ahora que me veo en medio de tan esforzados capitanes y de tantos y tan honrados y valientes campeones, no puedo ménos de creer que la victoria ha de coronar nuestra santa empresa. No quiero que me considereis como vuestro General, sinó como vuestro compañero, que ha de compartir con vosotros todas las penalidades y trabajos de la guerra hasta morir, si fuere preciso, á vuestro lado. Tambien teneis conocimiento de los graves perjuicios que nos han ocasionado los cristianos del reino de Murcia, asolando nuestras fértiles campiñas, matando á muchos de nuestros queridos hijos y teniendo á otros de nuestros mejores compatriotas sufriendo todavía la más negra esclavitud. El honor os reclama recobrar vuestra hacienda; el amor de padres os manda vengar la muerte de vuestros

«tros hijos: el compañerismo os impone el deber de rescatar á esos infelices prisioneros con vuestras cimitarras; y por último, la gloria militar os exige cruzar vuestros aceros con los eternos enemigos del Koran.»

«Si así lo haceis, tened seguro que volveréis con honor y cargados de un inmenso botín á la presencia de vuestro rey.»

Estas palabras llegaron á inflamar el ánimo de los soldados en tal extremo que, cual un torrente impetuoso y devastador, se derramaron por la Fuente de Pulpi, Puerto de los Peines, Rincon de S. Ginés y Pinatar, llevando á todas partes el terror y el esterminio. En esta correría hicieron cautivos á unos cincuenta cristianos; robaron de cuarenta á cincuenta mil cabezas de ganado mayor y menor: y al dar la vuelta con tan ricos despojos por los campos de Cartagena y Lorca, se detuvieron en el Puntarrón, á tres leguas de esta última Ciudad, donde celebrado un consejo previo, resolvieron proseguir su camino por la Rambla de Viznaga.

Al tener aviso los lorquinos de tantos desastres y de que los moros se encontraban en un sitio que llaman los Alporchones, (término de Lorca) Alonso Fajardo, que á la sazón era Alcaide de esta Ciudad, envió un caballero á dar cuenta del suceso al Corregidor de Murcia, Juan de Rivera, encargándole al mismo tiempo que, sin dilacion alguna, viniese á Lorca con toda la gente de que pudiese disponer, con el fin de salir todos juntos y atacar á los moros granadinos.

En efecto, el 17 de Marzo del año precitado, día del esclarecido Apóstol de Irlanda, S. Patricio, los tercios murcianos en número de quinientos infantes y setenta caballos con veinte jinetes más que el Corregidor había armado á su costa, se reunieron en un punto dado con los lorquinos, cuya fuerza ascendía á mil infantes y doscientos ochenta caballos, con quince peones y siete caballos más que se presentaron á las órdenes de Alonso de Lison, Comendador de Aledo, y alguna gente más que Garcia Manrique, yerno del Alcaide de Lorca, había podido recoger de la comarca.

Dispuestas así las fuerzas, partieron con la velocidad del rayo, para cerrar á los sectarios de Mahoma el paso de la expresada rambla, como en efecto lo consiguieron, trabándose con tal motivo la más reñida y sangrienta batalla que se libró jamás entre los cristianos del reino de Murcia y los moros granadinos; baste decir que, de estos quedaron tendidos en el campo más de ochocientos muertos, entre ellos los dos hermanos Abenhacines, caudillos de Baza y del Campo de Granada; los de Velez-Blanco y Velez-Rubio; el de Almería, Orce, Huescar y Cullar y el bravo Alavez Malique, Alcaide de Vera. Aterrados con estos desastres, pusieronse en precipitada fuga, subiendo por la sierra de Aguaderas; en cuya huida abandonaron todo el botín, dejando

además en poder de los nuestros, que les acosaban sin tregua, más de cuatrocientos prisioneros. Los cristianos sólo tuvieron cuarenta muertos y más de doscientos heridos. Terminado el combate, los nuestros se ocuparon en disponerlo todo, poniéndose de seguida en marcha para Lorca, en donde entraron triunfantes y cargados con los despojos del enemigo.

A consecuencia de tan señalada victoria, Murcia, en cabildo celebrado el día 1.º de Abril, según acuerdo que existe en el archivo de dicha Ciudad, nombró á su Regidor perpetuo, Diego Riquelme para que fuese en comision á la Corte á dar cuenta á S. M. el rey D. Juan II de tan memorable jornada; disponiendo que el 17 del mes arriba expresado, día del insigne S. Patricio, se declarase festivo en toda la provincia; aclamando al Santo por su Patron, y decretando que de los fondos de propios se le construyese un retablo y una efigie, y se celebrase en honor suyo una misa con sermon y procesion general por la carrera del Corpus, asistiendo ambos cabildos á esta festividad.

Lorca por su parte acordó tambien conmemorar todos los años tan venturoso dia, tributando para ello al Santo los más solemnes cultos y poniendo bajo su advocacion la magnífica y suntuosa iglesia de S. Jorge (hoy S. Patricio) la que en el año mil quinientos treinta y tres fué erigida insigne Colegial, por bula del papa Clemente VII.

Loor eterno á los Murcianos. Loor eterno tambien á la ciudad de Lorca, que no podrá ménos de recordar siempre con gloria y con verdadera satisfaccion este dia, porque en él añadió un timbre más de valor, de lealtad y de nobleza á los muchos que ya tenia conquistados.

TOMÁS PERIAGO.

A LAS MUJERES.

Vuestro nombre maldiciendo,
 Vuestra inocencia atacando
 Y para vencer mintiendo,
 Va el hombre siempre corriendo,
 Vuestras caricias buscando.

Si llenas de inmenso amor
No comprendéis su falacia,
Pronto el olvido traidor
Del aleve seductor
Os dirá vuestra desgracia;

Mas si podeis comprender
El dobléz de su palabra
Y no os llegara á vencer,
La calumnia á vuestro sér
Sepultura pronta labra.

Pobres flores, arrojadas
A merced del raudo viento,
Sin más armas preparadas
Que aquesas gracias preciadas
Que matiza el sentimiento.

¿Cuándo el hombre, con su ciencia
A comprender llegará
Que solo vuestra inocencia
Guarda la bendita esencia
Del bien que buscando va?

¿Cuándo, que cada traicion
Que comete representa
El sempiterno baldon
De la horrible maldicion
Que lanzais en vuestra afrenta?

Llamad, mujeres, llamad
Al hombre de más dureza;
Decidle que sois bondad,
Sentimiento, idealidad,
Amor, ventura y pureza.

Y si acaso en su locura
Os dijera que hay mujeres
Que finjen dulce ternura
Y que venden su hermosura,
Como infames mercaderes;

Que gozan sufriendo el hombre,
Y éste es solo su placer;
Hacedle vosotras ver,
Que esa *aberracion*, ni el nombre
Llevar puede de MUJER.

J. SANCHEZ ROS.

JUANITO.

Contados serán aquellos de mis lectores que no hayan tenido á muy pocos pasos de su casa, cuando no contiguo á su habitacion un aprendiz de violin, un *amateur* de flauta ó un elegante *dilettanti* que se sabe de oido todos los más bellos cantos, ó mejor dicho, los más *jaleosos* cantos de aquellas zarzuelas que hasta las trompetas de los órganos de las Iglesias repiten constantemente en sustitucion de otras vetustas melodias. Y si por su

situación especialísima no ha llegado á ellos todavía esa vecindad artística, por lo ménos, confiésemelo ingenuamente, no se habrán escapado siempre de la deliciosa influencia de cualquiera de esos seres que pertenecen al género de aficionados á la música.

Por mi parte he de decir que no he podido espantar de mi alrededor esas moscas sonoras que talarean incesantemente las últimas melodías del teatro bufo.

Tú tampoco; amable lectora, te ves libre de esos entes estéticos. Así me lo dicen tus labios, que veo rasgarse en prueba de asentimiento. Serà posible —y en esto no critico tu gusto— que ese jovencito que ejecuta y canta tan sentimentalmente la danza de *Ay! mamá* merezca todo tu aprecio, sea tu muy querido pollo, más dispénsame. Tengo ahora mismo la pluma de la justicia en mis manos, la que ha reemplazado á la antigua vara, y ésta no se doblega por tus lisonjas. Además, los nuevos Apolos me persiguen, y además todavía, prometi vengar, y lo hago en este articulillo, á una amiga mia, muy bonita por cierto, vecina de un pianista de oído, que no le deja ni comer ni beber, que no duerme la siesta, no descansa, ni aun puede rezar sus devociones con ese continuo y bronco susurro que producen los magníficos bajos de un piano de *España*.

Y cuenta que es muy amante de la música; pero una amante aburrida de las impertinencias de los aficionados.—¿Le gusta á V. el duo de tiple y tenor del Fausto?—le preguntaba un día—No sé, me contestò; entérese V. del vecino que hace tiempo lo anda buscando nota por nota por espacio de muchas horas al día.

Juanito, éste es el vecino, un muchacho muy guapo que estudia tercer año de leyes. Tengo por seguro queridísimo lector que tú también le conoces, que le has visto muchísimas veces en las reuniones y conciertos; y si no vas á las reuniones ni á los conciertos, lo has oído nombrar, porque su nombre corre de boca en boca en son de alabanza; es aquel que se hace presentar en todas las casas donde hay un piano. Llega, y al momento hace marchar la conversacion hacia el camino de lo bello. Su pasión favorita es la música, la música armonizando el rayo de luna y el susurro del arroyo; la música de un can-can, por ejemplo, que en su vertiginoso aire arrebatara el pensamiento á un mundo de ventura; la de una danza compaseando el movimiento de las hadas de Capellanes; la de un wals, la de una polka; todas esas músicas ¡que de emociones traen al corazón! Después del sentimiento llega el turno á la erudicion. El conoce á la Fernandez, á la Sarló, á Rodriguez, á Arderius y á Caltañazor; él comenta sus dichos, los imita y se exalta hasta talarear los aires del repertorio de esos artistas, y gracias á su oído privilegiado del que sus papás son admiradores *desapasionados*, ha sacado al piano muchísimos cantos, muchísimas danzas, muchísimas canciones. Es ver-

dad, no los deja tales como son, porque algo hay que mejorar en una parte, algun trinillo que añadir en otra, que así bien modificados se expresan con más variedad y gustan, sobre todo, á las pollitas, sus amigas.

Juanito es tambien muy amable; le basta una mera indicacion para mostrar sus habilidades, y si no se le invita, él mismo toma el taburete, se sienta y estiende sus artísticas manos, pulsando las blancas teclas de marfil y abandonando algun tanto las negras de palo santo. De este modo pasa una hora, pasa otra y pasara una eternidad si las inconveniencias sociales no vinieran á romper el éxtasis de su espíritu. Se suele encontrar algunas veces solo, pero esto es efecto de la poca cultura de las gentes que le rodean. ¡Oh! la sociedad moderna está impregnada de materialismo, y reuye un entretenimiento puramente espiritual. En Paris ya es otra cosa, asi se lo han contado á él; allí se ama el arte, se busca al simple aficionado, se desea oirlo y el jóven deja la política cantante para entregarse á las dulzuras de la música.

Estos razonamientos filosóficos alientan á nuestro héroe para proseguir en su afición, y pronto se borra de su mente alguno que otro desengaño que ya comienza á tocar. No le faltan tampoco compañeros que le animan y á quienes él entretiene con sus progresos cuotidianos.

—Yo he nacido para la música, exclamaba en cierta ocasion, pero mi papá no desea más que un porvenir positivo para sus hijos; se esfuerza porque yo sea un *hombre*, es decir, un abogado, y no quiere que sea un genio. Bien; no seré ni abogado ni músico.—Es probable en efecto que no sirviera para nada.

Aquí Juanito hablaba con razon; lloraba, y lloraba por primera vez á tiempo.—No sé, continuó, que interes podrán tener los papás, cuando ya poseen una mediana posicion, en inclinar la voluntad de sus hijos hacia la abogacia

Con permiso de Juanito; yo si me lo sé. Y haré apropósito una pequeña digresión con permiso tambien de mis lectores.

En estos tiempos, y quizá en todos tiempos, es un derecho imprescriptible hablar mucho, cuanto más mejor, y hablar de todo. Un legista, pues, tiene ese derecho aprobado por la Universidad. No le falta nunca á mano un artículo de una ley por la cual hemos de callar los que no la conocemos.

Juanito, por de pronto, tenia ya esa ventaja que no pasaba desapercibida á su padre. Cursaba el tercer año de leyes y no se le podia decir; «V. entenderá de música, pero de otra cosa no» El á pesar de esto, arrebatado con su afición *pianística* no discernia con juicio en esta cuestion, y fuerza es confesarlo: nunca abusó del pedazo de toga que pudiera vestir.

Sin embargo, yo aconsejaria á su padre que no interviniera tan severamente en las inclinaciones de su hijo; que le dejara abandonar las aulas de la Universidad por las clases del con-

servatorio, y esperara si más le convenia éstas que aquellas.

El aficionado siempre hace las cosas á medias, y el arte no es mediano; ó es bueno ó malo. De consiguiente lo mediano, que no es bueno, debe ser ó es malo.

Un aficionado à carpintería hace cosas útiles, compone los defectos de sus muebles, fabrica por lo ménos jaulas para sus pájaros y no deja que haya nada roto en su casa ni en la ajena. Un aficionado al arte culinario entretiene deliciosamente su paladar, y otros mil aficionados se sirven á sí mismos y no estorban en ninguna parte, y aun el aficionado à leyes lleva perfectamente sus negocios. Pero un aficionado à las bellas artes continuamente hace daño cuando ejerce, bien hiriendo la vista con sus bocetos, ó destemplando el oido con sus improvisaciones, ó matando el corazon con sus sentimientos; es como una luz descompuesta para los que ven, como un ruido perenne para los que oyen, como un sufrimiento *agrio* (perdonezeme la frase) para los que sienten. Con razon en Grecia habia no recuerdo que pena para los que faltaban al precepto de la belleza. En aquellos tiempos se andarian con tiento los aficionados para exhibir sus producciones.

Regularmente un aficionado à música es aficionado á todo, es decir, todo lo hace por aficion: va al campo por aficion, juega por aficion, seduce à las muchachas por aficion, ama por aficion, y aun creo que come por aficion.

No soy cruel con la clase entera de aficionados à la música; respeto al que lo es para sí solo, al prudente, al que le gusta oír, ver y callar. A estos mé atrevería à consultarles y à tomar tambien su parecer. Y ved aqui un contraste: el buen aficionado se confunde con el maestro; y el mal maestro se confunde con Juanito. Solamente que el maestro Juanito tiene ya autoridad, en calidad de tal, para dar su voto en todo.

Este maestro ha seguido la misma escuela; en sus principios aprendió de oido; más ya después los aplausos y los consejos de los padres de familia le hicieron pensar seriamente sobre su luciente porvenir, y dedicóse al solfeo y al estudio completo de todas las zarzuelas. Poseyendo así un buen repertorio de dicho género y un surtido abundante de bailables y cantos populares se lanzó al camino de la enseñanza, y ha conseguido por fin tener bajo su direccion à las hijas de los principales capitalistas. Discute gravemente de la ópera española, que dice ya está encarnada en la zarzuela; habla de la estética trascendental; critica los extravíos *sonatescos* de nuestros clásicos y es partidario de la música del porvenir. Si se le pide su opinion sobre algun asunto de arte, todo es á lo más regular, y su mirada desdeñosa se extravía en el cielo cuando le hablan de los méritos de algun artista. Respetala opinion del público; pero el público ya se sabe es ignorante en su mayoría, y todos somos profanos al

arte.

Este maestro merece la misma compasion que Juanito. Es presuntoso como aquél y tampoco desperdicia ocasion de hacerse oír ò de hacerse molesto. Son la misma cosa estos dos tipos. Se les podria llamar, á uno Juanito; al otro D. Juan. Aquel es aficionado á maestro; éste es maestro por aficion.

Yo lector, me quedaria sin uno y sin otro. Si tú no asientes á esta opinion, puedes ir con frecuencia á la casa de mi amiga, la vecina de Juanito, y allí gozarás eternamente del continuo vibrar de los cuerpos sonoros.

EMILIO DE LOS ARCOS.

Reproducimos esta poesia del Sr. Ruiz Noriega por haber sacado erratas de consideracion en el num. 43 en que se insertó.

TUO Y MIO.

I.

Dicen que es hermoso el cielo
 Con sus nubes de arrebol,
 Y la campiña y el prado,
 El pajarillo y la flor.

Pero yo digo que nada
 Tiene aspecto seductor;
 Ni es hermoso el cielo entero
 Con sus nubes de arrebol;
 Ni la campiña, ni el prado,
 Ni el pájaro, ni la flor.
 Si mi corazon no es dueño
 De todo tu corazon.

II.

La mar me ofrece sus olas;
 Sus cantos el ruiseñor;
 La brisa su aliento blando
 Y su hermosa luz el sol.

Pero nada de esto quiero;
 Nada me causa ilusion;
 Ni la mar con su bravura,
 Ni el canoro ruiseñor,
 Ni la brisa vaga y leda,
 Ni la hermosa luz del sol,
 Si tu corazon no es dueño
 De todo mi corazon.

III.

Bella es la vida gozando
 Los placeres del amor;
 Hermosa la paz del alma,
 Y hermoso pensar en Dios.

Pero vivir de tu vida;
 Amar con tu mismo amor;
 Gozar la paz de tu alma
 Y pensar contigo en Dios,
 Esto es mucho mas hermoso;
 Y aun es más grato y mejor,
 Que mi corazon sea tuyo
 Y mio tu corazon.

J. BLIZ NORIEGA.
